

# Carisma

## El Carisma de la Siervas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Pobres

Es la vivencia actual del espíritu de su Fundador, quien concibió y trazó su peculiar fisonomía por la configuración con Cristo Siervo y misericordioso, manifestada en una espiritualidad de amor y reparación y en el servicio evangélico a los más pobres y necesitados. Aquí queda expresado:

*La esencia del carisma, su proyección apostólica y el estilo propio de las Siervas.*





La palabra *carisma* procede de la raíz griega *charis* gracia, es un regalo otorgado por Dios a los creyentes de cualquier orden o grado.

Puede definirse como *un don gratuito de Dios otorgado a algunos fieles para bien común de la Iglesia y del mundo.*

Todo carisma es un don de Cristo a su Iglesia, en el Espíritu Santo, don a través del cual Dios se entrega a la humanidad por medio de sus miembros para unirla mejor a sí mismo y transformarla en El por el amor.

De parte de Dios estos carismas son irrevocables. Los Dones superan infinitamente nuestra debilidad humana. Aunque no se excluyen manifestaciones ocasionales del Espíritu, el carisma aparece generalmente como un don permanente que delimita la vocación de un cristiano en el seno del Pueblo de Dios.

Los *carismas* se distinguen de los *talentos*, pues estos son simples dotes naturales que enriquecen la misma naturaleza de los *carismas*, son dones sobrenaturales concedidos por la amable liberalidad divina; son una actuación especial del Espíritu Santo que habilita al cristiano para colaborar en la salvación del mundo desde una vocación especial.

Por su naturaleza el carisma está ordenado al bien común de la Iglesia, y ésta a su vez está ordenada al bien supremo que es la vida eterna. El carisma hay que verlo siempre en su relación o encuentro con el prójimo, pues es a través del contacto con otros como se manifiesta este don y viene participado por los demás.

El Espíritu Santo distribuye como él quiere los carismas, sin someterse a ninguna estructura jerárquica, por eso a veces un simple fiel, fuera de las previsiones humanas, se ve animado por el Espíritu Santo a realizar grandes o pequeñas empresas en la Iglesia de Dios.

San Pablo indica cómo han de usarse los carismas, para que no resulten negativos a los demás. *“Procuren, sin embargo, que esa libertad de ustedes no sea ocasión de caída para los poco formados”* (I Cor. 8,9;) *“Es cierto hermanos, que han sido llamados a la libertad. Pero no tomen la libertad como pretexto para satisfacer sus apetitos desordenados; antes bien, háganse esclavos los unos de los otros por amor”*. (Gal. 5,13;) en el ejercicio de ellos debe tenerse siempre presente la práctica de la *caridad*, que es el mayor e los dones.

Los carismas que el Espíritu Santo imparte en el pueblo tienden a asegurar una función ministerial en la Iglesia, no son dados para la satisfacción personal o para un dominio sobre la comunidad, sino que están ordenados a la utilidad espiritual de los demás.



Santo Tomás distingue entre la gracia otorgada para la santificación personal que llama “*gratum faciens*” y la gracia “*gratis data*” que es prácticamente el carisma, es decir aquellas gracias que están más allá de las facultades naturales del hombre y que Dios las concede sin fijarse en los méritos de las personas.

Los carismas son una epifanía que designa la acción del Espíritu Santo en la Iglesia. Son una moción interior que invita al cristiano a desempeñar una tarea orientada a la misión de la Iglesia peregrinante entre los hombres, el carisma acompaña y ayuda en la realización de tal tarea.

En sentido teológico es un don de amor de Dios en Cristo hombre, para bien común de la Iglesia y del mundo. Este don exige de parte del hombre una respuesta también de amor, poniendo generosamente a disposición de los demás los propios dones. Esto requiere muy a menudo sufrimiento y superación de dificultades. Abrirse a los demás poniendo al servicio el propio carisma es costoso porque la sociedad tiende a estancarse, mientras que el Espíritu Santo a través del carisma impulsa a los inertes, despierta a los dormidos, e incita a cada uno a poner al servicio de todos los dones recibidos.

Los carismas son múltiples pero se pueden clasificar en dos grupos:

Primero: Los carismas que manifiestan la epifanía de Dios en la comunidad (son llamados extraordinarios)  
Segundo: Los carismas más sencillos de servicio a la comunidad y que se manifiestan en las tareas ordinarias de los hombres (carismas ordinarios).

La multiplicidad de los carismas corresponde a las múltiples necesidades y funciones de la Iglesia. Esta variedad de carismas o dones espirituales acompañan el crecimiento de la Iglesia y su desarrollo espiritual en todas las épocas de su historia. *Es carisma es un factor constante en la vida eclesial.*

San Pablo relativiza los carismas. Los más apreciables según él, son el lenguaje de la sabiduría, de la ciencia y de la fe, recomienda la búsqueda de los carismas interiores: fe, esperanza y sobre todo el amor. El saber dar o compartir los propios bienes debe ser realizado en el ámbito del amor de otro modo nada valdría.

Hay carismas que parecen ser insignificantes y escondidos y que en realidad son necesarios para el crecimiento de la caridad en la Iglesia. El mismo San Pablo invita a seguir la vía de la caridad que es el don que supera a todos los demás por su excelencia y eficacia. “ *Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como campana que suena o platillo que retumba. Y aunque tuviera el don de hablar de parte de Dios y conociera todos los misterios y toda la ciencia; y aunque mi fe fuera tan grande como para trasladar montañas, si no tengo amor, nada soy. Y aunque repartiera todos mis bienes a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, de nada me sirve*”. (I Cor. 13, 1-3;) Esto indica la limitación de los carismas frente a la caridad.

El Papa Pio XII en su encíclica *Mystici corporis* (1943), comienza a considerar los carismas desde el interior de la Iglesia-comunión, en el misterio del Cuerpo Místico de Cristo con un gran equilibrio entre la dimensión jerárquica y carismática de la Iglesia.



Los carismas deben construir la Iglesia de Cristo en conformidad con la fe, de la cual los apóstoles son garantes. La Iglesia no puede producir los carismas por propia iniciativa, sino que ella misma viene constituida por ellos. El Espíritu Santo a través de los carismas realiza sus planes misteriosos prescindiendo de los sistemas constituidos, es así como la difusión de los carismas muestra claramente que la acción de Dios rebasa con mucho



los cuadros institucionales y la misma economía sacramental. Por eso mismo el carisma expresa una dimensión esencial de la Iglesia, poniendo su lugar más allá de cualquier institución humana y signo visible, aunque la institución y el signo sean insustituibles en el orden en que ellos existen.

La venida del Espíritu Santo en Pentecostés es un hecho carismático, en que el Espíritu Santo comunica a los discípulos sus dones. Es esto una señal de que los carismas pertenecen a la vida y estructura esencia de la Iglesia.

Durante el Concilio los Padres Conciliares, en la elaboración del Constitución dogmática *Lumen Gentium*, trataron el tema del lugar que ocupa la vida religiosa en la Iglesia. La profesión de los consejos evangélicos no tiene lugar especial en la estructura jerárquica de la Iglesia y por otra parte, el estado religioso no podía ser considerado como un estado intermedio entre los laicos y la jerarquía.

Habiendo admitido en la Iglesia además de la estructura jerárquica también la carismática, la vida religiosa ha hallado allí su lugar definitivo: *“Por consiguiente el estado cuya esencia consiste en la profesión de los consejos evangélicos, aunque no pertenezca a la estructura jerárquica de la Iglesia, pertenece indiscutiblemente a su vida de santidad” (LG 44)*

Por lo tanto, la vida religiosa es de origen divino, no es una creación de la Iglesia sino un don del Espíritu que la Iglesia recibió del Señor. (LG 43) Brota por impulso del Espíritu Santo, de un grande afán de imitar a Cristo. La vida religiosa es así un carisma, un don divino, y la Iglesia debe recibirlo con gratitud, conservarlo con fidelidad, interpretar y regular la forma de vivirlo.

La santidad es la meta de una consagración religiosa, los fundadores son los promotores y modelos, los consejos evangélicos la condición y la aprobación de la jerarquía es la que da a la vida religiosa la firmeza de una institución de Iglesia.

Los carismas son muchos, pueden ser manifestados por la urgencia precisa de la caridad de Cristo en una determinada situación de la Iglesia y del mundo.

Los carismas cumplen una función social en la Iglesia y en el mundo. La Iglesia existe por Cristo y para El, por lo mismo existe también para el mundo que El mismo ha adquirido y del cual es inseparable, es por eso que la Iglesia no podrá ser nunca comprendida como una comunidad que se complace en su propia felicidad, está destinada a dar sus bienes al mundo por el Espíritu.



La vida religiosa esta orientada hacia una sociedad que hay que transformar y elevar a Dios. Trata de aportar al mundo esencialmente una mayor santidad, sin embargo hay también otro aspecto ya que la Iglesia tiene

responsabilidad aún en lo que se refiere al mejoramiento de la humanidad, y es el de contribuir en forma notable a la humanización de la Sociedad .

La Iglesia reconoce en la gran variedad de sociedades religiosas las múltiples manifestaciones de la sabiduría de Dios. Si la Iglesia no aceptara la multiplicidad de dones , iría de por medio su fidelidad a Cristo. La Iglesia a lo largo de su historia y crecimiento espiritual, se ha visto enriquecida muy a menudo por grandes carismas que le ayudaron a facilitar el retorno de los hombres a Dios.

Al hablar de “*carisma de los fundadores*”, es necesario distinguir el “*carisma de fundador*” del “*carisma del fundador*”. Cuando se habla de “*carisma de fundador*” se indica el don, en sentido general, que habilita a una persona para iniciar una nueva fundación; y cuando se dice “*carisma del fundador*” se refiere al contenido más específico del don inherente de modo singular a todo fundador para percibir, vivir y mostrar en la historia una experiencia particular del misterio de Cristo, según las notas originales que caracterizan al fundador.

El *carisma de fundador* es intransferible porque sólo el fundador tiene la iniciativa para dar a luz un nuevo y particular estilo de vida espiritual. En cambio el *carisma del fundador* se trasmite a la comunidad de los discípulos y les permite vivir, desarrollar y llevar a cumplimiento el proyecto de la *experiencia fundante* original.

Es necesario subrayar la distinción entre *carisma* y *espíritu*. El *carisma* nos sitúa exclusivamente en el plano teologal: es la acción gratuita de Dios que no se puede adquirir ni transmitir. El *Espíritu* nos coloca en la vertiente humana: es la acción de respuesta del hombre a la iniciativa divina del Espíritu Santo, es por lo tanto, una realidad que se puede asimilar y transmitir porque depende sobre todo, de la cooperación humana.

El Padre Yermo como todos los fundadores, vivió una experiencia concreta, tomó conciencia de ciertas exigencias de Dios, de las necesidades espirituales y materiales de la gente de su tiempo, y movido por la caridad hacia Dios y hacia el prójimo respondió a la exigencia divina tratando de poner remedio a esta necesidad.

De hecho él no piensa fundar una Congregación religiosa, no inicia sus obras movido sólo por una moción filantrópica, fruto de un activismo secular, sino están impregnadas de intenciones evangélicas. Muy a menudo en sus escritos recomienda el amor a Dios y al prójimo, pero antes dieron testimonio con su misma vida. El Padre Yermo escribió: “*Quien ha de inflamar a otros ha de tener el alma hecha un volcán de amor divino*”.



El carisma del fundador no es para su propia utilidad espiritual sino para la de los demás. Su carisma no se ordena solamente al bien espiritual de los religiosos del Instituto, sino que es un bien para toda la Iglesia porque es Dios quien ha suscitado a los fundadores en la Iglesia y ha dado a este carisma una finalidad eclesial. El Espíritu concede este carisma para una vivificación espiritual destinada a perpetuarse en el tiempo y en el espacio a través de la familia religiosa.

El fundador es maestro, debe enseñar, y esto requiere que Dios le haya concedido un don especial, incluido en el mismo carisma para que él lo comprenda bien y pueda transmitirlo.

Esta doctrina de santidad enseñada por los fundadores tiene como base la imitación de Cristo, a través de los Consejos evangélicos (LG 44) *“Las hermanas deben instruirse, educarse y ejercitarse en las virtudes para que logren llegar a la perfección de la caridad, es necesario que ante todo comprendan y practiquen los preceptos que les obligan como cristianas y además, como religiosas entiendan bien y guarden los tres consejos evangélicos, según se practican en la Sociedad”*. (ASC p. 74)

Cada Fundador ha tenido una experiencia particular del Evangelio en los aspectos de Cristo y de su misterio, y este aspecto peculiar del Fundador lo imprime en su Congregación, y así el conjunto de las familias religiosas perpetúan en el mundo la totalidad del misterio de Cristo (LG 42)

*“Quiero imitar a Cristo mi buen Jesús que vino a enseñarnos con su palabra y con su ejemplo el amor de preferencia para con los pobres y desgraciados que el mundo desprecia”*. (ASC p. 24)

*“Que felicidad la mía, si logro no ser sólo yo, quien trabaje y sea siervo y amigo de Cristo, luchando por extender su reino, sino que mi apostolado se multiplique por ministerio de las hermanas”*. (ASC P. 77)

La santidad de los fundadores se actúa de la misma manera que la de todos los cristianos: es una cooperación entre la gracia de Dios y la voluntad del hombre. La santidad cristiana implica la obediencia a Dios, la conformidad de nuestra voluntad a la suya. El seguir la propia vocación es parte del cumplimiento de la voluntad de Dios.

Dios llevó a los fundadores hacia un camino de santidad propio y exclusivo, pero este camino de santidad es también el que viene indicado a sus hijos espirituales, porque la santidad de los fundadores es una santidad típica: sirve de modelo a los que lo siguen. San Pablo al afirmar: *“Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo”*

(I Cor. 11,1) expresa la trascendencia de esta imitación. Toda paternidad viene de Dios y de esta paternidad depende la autoridad del Fundador religioso.



El carisma del Fundador, inicialmente extraordinario, llegó a ser ordinario, porque habiéndose primeramente cristalizado en el alma del Fundador, se ha desarrollado y organizado también, con la aprobación eclesiástica en Congregaciones religiosas. En la Iglesia han llegado a ser carismas ordinarios porque pasaron ya a ser su patrimonio y energía espiritual permanente.

Para que los religiosos puedan ser fieles al carisma comunitario deben inspirarse en el carisma personal del Fundador. En el Fundador hay aspectos que no pasan al Instituto y otros que sí pasan a ser su herencia espiritual:



No pasan al Instituto los sufrimientos de los fundadores, porque un llamamiento a sufrir es una vocación personal, no comunitaria; sin embargo el espíritu de reparación u oblación con que le Fundador vivió dichos sufrimientos, puede ser un elemento en la determinación del carisma, tampoco pasa al Instituto el grado de santidad del Fundador, este es intransferible, es patrimonio personal. Tampoco los carismas personales.

Lo que en cambio si pasa al Instituto y forma parte de su carisma es, en esencia, aquella vocación común a todo el Instituto que primero descubrió para sí el mismo Fundador.

En unos apuntes personales que el Padre Yermo escribió antes de la fundación de la Congregación, puede verse ya su vocación personal de "Padre de los pobres" como llegaron a llamarle en vida. *"En las cosas que yo vea*

*claramente adversas para las obras que Dios pone en mis manos, sé que me parecerá muy duro querer un fracaso, pero desde ahora lo acepto, si el Señor lo quiere. Esto no debe impedirme poner de mi parte todos los medios para lograr la gloria de Dios en el servicio de los pobres: más si El hace o permite las cosas adversas, debo creer que allí está su mayor gloria y entonces, bendecirlo, darle gracias y quedar en paz porque yo no tengo otro bien, fuera de cumplir su santa y adorable voluntad"* (ASC P. 12)

Su firme resolución de imitar a Cristo en el amor misericordioso y de preferencia para con los pobres, ha sido programa de su vida y programa que ha trazado a la Sociedad.

na comunidad religiosa no se funda en abstracto, sino con personas determinadas, entre las cuales se realiza una comunicación de bienes espirituales y materiales.

Además de la vocación común, los elementos que pasan a ser herencia espiritual del Instituto y que articulados de diferente manera entre sí, constituyen el carisma particular de cada fundación son los siguientes:

- a) Una espiritualidad propia
- b) algunas virtudes características
- c) Una vida de comunidad y una organización jurídica.
- d) Una forma de apostolado o ministerio que ejercen en la Iglesia.



La herencia espiritual que los fundadores han dejado a sus respectivas familias religiosas es muy importante porque da al Instituto un principio de identidad por los rasgos característicos y peculiares que son los propios. Es también un principio de vida y crecimiento de las familias religiosas.



Esta es una relación vital entre el Instituto y su Fundador, porque el Fundador es el que planta el grano de mostaza, poco a poco éste crece y llega a ser un grande árbol; la vitalidad de la obra proviene de la santidad de sus miembros, santidad que se aprende a través de las enseñanzas y ejemplos del Fundador, los cuales constituyen la raíz vital del Instituto.

La herencia espiritual que dejó el Fundador es también un programa de santidad. Este programa está plasmado en las Constituciones que ellos dejan, como el más precioso tesoro a su familia religiosa.

El carisma del Fundador prolongándose en el tiempo en

el carisma del Instituto, revela tres nuevos aspectos:


- a) Es regulado y protegido por la jerarquía eclesiástica, para bien del mismo Instituto y para el bien de la Iglesia.
- b) Conserva su actualidad en el transcurso del tiempo porque tuvo su origen en el Evangelio, cuya actualidad es perenne, además los rasgos característicos de cada Instituto deben permanecer y ser conservados en el tiempo.
- c) Es enriquecido por las tradiciones posteriores, que han ido explicitando aspectos del carisma que había permanecido ocultos, aparecen elementos nuevos pero no contrarios al espíritu del Fundador. El Padre Yermo comprendió muy bien que él no había concluido la obra y que ésta debía seguir su evolución según el camino trazado por el Señor. Escribe a las Superiores Mayores:



*“Al principio yo tuve que hacerlo todo y debido a esto, la obra salió tan imperfecta, pero ahora ya la obra está confiada en las manos de ustedes. Dios Nuestro Señor les ha confiado el cuidado de perfeccionarla. Yo sembré la semilla y ahora que ésta ya germinó, a ustedes toca cultivarla y llevarla a su desarrollo completo, para que dé los frutos que Dios espera de ella. No quiero decir con esto que yo me desentienda de ella, sino que la principal obra y labor es ahora de ustedes”.*

Concluyendo podemos decir: La vocación religiosa se concretiza en una llamada para unirse a una determinada familia religiosa. La familia religiosa existe en sus miembros y su carisma existe en las mismas personas. Por consiguiente, cada miembro llamado a continuar la obra de su familia religiosa recibe juntamente con su propia vocación, un carisma análogo al del Fundador, es una gracia que ha recibido no para





sí mismo sino para continuar la obra de la familia religiosa a la cual Dios le ha llamado y sobre la cual tiene determinados planes. Es muy importante por lo tanto que los miembros de una familia religiosa sean conscientes de la propia misión, no en cuanto a individuo, sino principalmente como miembro del Instituto.

Para las Siervas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Pobres es de suma importancia ser la presencia misericordiosa de Dios entre los hombres. Esta misericordia se ejerce primeramente con las hermanas en el seno de la comunidad y de allí irradia hacia los pobres que Dios le confía y demás personas con quienes tiene que tratar. Su misericordia le hará también interceder por los lejanos, los que no conocen a Dios, los que sufren penas físicas o morales, los pecadores y todos aquellos que tienen necesidad de la infinita misericordia de Dios. Puede decirse que recibió la vida y la vocación para ser misericordiosa y sólo así logrará realizarse como Sierva.

María es la madre de la misericordia que la bebió en el mismo Corazón de su Hijo. Lo poco que el Evangelio nos habla de ella nos la muestra llena de misericordia con todos, en la Visitación con Isabel y Juan aún no nacido, en las Bodas de Canaán, intercediendo por sus hijos, en la vida pública siguiendo a Jesús en el grupo de las mujeres, en la Pasión y sobre todo en la cruz, consintiendo en el sacrificio de su Hijo en favor de los hijos que Jesús le está encomendando, allí mismo en el momento sublime de la consumación.


Pensemos en la actitud misericordiosa de María después de la Ascensión de Jesús. Todos acudían a Ella en busca de consuelo, de ayuda, de ánimo y fortaleza: los pobres, los huérfanos y viudas de los mártires, los enfermos, los tristes, los débiles en la fe, los Apóstoles en los mil problemas y dificultades, persecuciones y pruebas de toda clase que tuvieron que sufrir para cumplir la alta misión que Jesús les había confiado. María llevada al cielo en cuerpo y alma, pero allí ni ha dejado de ser siempre y para todos la Madre de las misericordias y el canal por donde nos llegan las infinitas misericordias de Dios nuestro Padre.

Más cercano a nosotras, el Padre Yermo es nuestro modelo de amor misericordioso para con todos los que tuvieron contacto con él, pero especialmente para con los más pobres y desamparados, con aquellos que el mundo rechaza y margina: huérfanos, ancianos, mujeres arrepentidas, pecadores, enfermos y cualquiera que se acercara a él en busca de ayuda, de consejo o de consuelo. Todas encontraron en su gran corazón de Gigante de la caridad, el canal por donde les llegaba la misericordia infinita del Corazón de Jesús.

La práctica del amor misericordioso brota del Corazón de Jesús como de su fuente. La caridad de Dios se manifiesta en el Corazón de Cristo, como un mensaje personal que invita a una respuesta personal en el apostolado.

Desde el principio la naciente Congregación, por voluntad del Fundador estuvo bajo la protección del Sagrado Corazón de Jesús. El mismo Padre Yermo lo expresa: *“Nació vuestra comunidad bajo los más pobres y raquíticos auspicios humanos; pero con una fe ciega en la protección que esperaba del Sacratísimo Corazón de Jesús, bajo cuya égida se había colocado y por esta razón, sin hacer caso de los malos augurios del mundo, caminaba segura de conseguir el éxito”.*





Todas las pruebas de amor y bendiciones que el Sagrado Corazón de Jesús manifiesta a través del crecimiento y desarrollo de la Congregación y del crecimiento en la caridad de cada una de las “Siervas”, debe suscitar como respuesta un profundo sentimiento de gratitud hacia El, así como también un grande amor y una total entrega a Cristo en el Servicio de los pobres.

La aceptación de Cristo que nos ama significa la aceptación de su amor con una entrega personal de amor y reparación. Nuestro amor al Señor será no vivir ya para nosotros mismos sino para Aquel que por nosotros murió y resucitó (2 Cor. 5,15;)

Nos consagramos a Cristo primero por medio de la consagración del Bautismo siendo esta fundamental (Gal. 3,27-28; Rm. 6,3; ) En el culto al Sagrado Corazón volvemos a tomar conciencia de nuestra incorporación al Señor y procuramos vivir con mayor amor lo que somos. La consagración, como la profesión religiosa y el martirio, no son sino el desenvolvimiento lógico y ulterior de la primera consagración bautismal.

Cuando el alma ha penetrado en el misterio del Corazón de Cristo traspasado, responde al amor se da, se sacrifica, se entrega. Escribe el Padre Yermo: *“cuando nos consagramos al Sagrado Corazón de Jesús nos obligamos a seguirle muy de cerca y con toda fidelidad, cuete lo que costare, sin medida y sin reservas”*.

*“Hijas mías, lo repito y lo repetiré siempre: la prueba inequívoca del verdadero amor a Dios, es la firme y constante resolución de cumplir en todo tiempo y en todos los acontecimientos agradables o desagradables, la siempre adorable voluntad de Dios”*.


El amor al Corazón de Jesús reviste dos formas de entrega: *adoración* a Cristo: entrega de un amor estático que lo reconoce como el Supremo Dueño y Señor y entrega a un amor dinámico que se mueve en el *servicio* a los hermanos por El.

La adoración es el reconocimiento más profundo de que Jesús es Dios y es expresión del amor que se ofrenda sólo a Dios. El Padre Yermo la considera como fin primario de la Congregación.

En una consagración al Señor van inseparablemente unidos el amor a El y a nuestros hermanos.

El espíritu de reparación entre las “Siervas” *es algo esencial, algo que debe dar forma a toda su vida y acción: “No olviden ustedes que como Siervas del Sagrado Corazón de Jesús, en todo tiempo deben ser reparadoras; en la oración, en el trabajo, en los dolores físicos, en las penas morales de fuera y de dentro, humillaciones, heridas del amor propio, turbaciones, tentaciones en el alma, desolaciones, nublados, tempestades, todo, todo es buen material para la reparación, si se une a la Reparación de Cristo. Por último pido a ustedes que amen mucho su hermosa vocación de Siervas y que me ayuden a reparar cumplidamente por mí y por todos mis hermanos pecadores como yo”*.

Sin embargo, todos nuestros actos de reparación serían inútiles si no se unieran al misterio de salvación del Padre en su Hijo Jesucristo,, y la coherencia con la propia vida: *“Nuestros actos de reparación ante Dios nada*



*valen si no van unidos al único Reparador de nuestras maldades, que es Cristo Nuestro Señor, y para unirnos a El, el primer paso es la limpieza de nuestras almas, evitando a toda costa el pecado y cualquier falta voluntaria*

*y aún semi deliberada. Esto es lógico que no podrá dar ninguna satisfacción reparadora quien al mismo tiempo peca, ofende o desprecia". (Conf. Yemo y Parres Dev. Sgdo. Corazón p. 10)*

El pecado en esta visión de reparación, aparece en su dimensión de ofensa hecha a Dios y en esta comprensión de "pecado-ofensa" se injerta el movimiento de reparación que se expresa en reconocimiento de la propia nulidad y en la conversión al amor que Cristo tiene. La conversión amorosa a Cristo es una forma de reparación.

Esta reparación no se limita al pecado personal, abarca el pecado colectivo: todo pecado en el Cuerpo Místico de Cristo es principio de enfermedad; su efecto se extiende a todo el Cuerpo Místico y nadie puede saber cuál influjo negativo ejerce en sus hermanos.

Así mismo nuestra reparación no será nunca individual, sino que llevará también los pecados de nuestros hermanos.

